

SECCION PRIMERA.

INFLUJO DEL PECADO ORIGINAL EN LOS DESTINOS DE LA FILOSOFIA.

CAPITULO I.

CONSIDERACIONES HISTÓRICO-FILOSÓFICAS SOBRE EL PECADO ORIGINAL, SUS CAUSAS Y SUS EFECTOS.

En la creacion hai tres mundos, por explicarnos así; el mundo de los *spiritus*, el mundo de los *hombres* y el mundo de los *cuerpos*: el primero no está sujeto á las investigaciones de la inteligencia; el último no es objeto inmediato y directo de la filosofia religiosa moral y social. Deben eliminarse pues de este curso para considerar exclusivamente el mundo de los hombres.

La historia nos dice que toda la especie humana descendió de Adán, cuyo cuerpo formado de la tierra, y cuya alma infundida en el cuerpo por un soplo divino, son la obra inmediata del Criador: así nos lo enseña en tres palabras la Santa Escritura.¹ Fué pues criado el primer hombre con un cuerpo organizado, y una alma racional: alma cuyas facultades, cuya naturaleza espiritual y cuyo destino inmortal, hemos demostrado ya.²

Pasando de la simple creacion á su objeto, que es la felicidad, hai tres verdades históricas que sirven de principios á esta vasta materia: primera, *la inocencia primitiva del hombre*; segunda, *el pecado original*; tercera, *la Redencion*. Que el hombre fué criado en estado de gracia ó inocencia, es una verdad tan palmaria, que la misma razon basta para deducirla. ¿Dios crió al hombre? Sí. ¿Le crió ó pudo haberle criado para el mal? Ni uno ni otro; porque esto repugna á la perfeccion infinita del Ser Supremo; le crió pues para el bien. ¿Podía el hombre llegar á su fin por caminos y con medios opuestos? No: porque las causas opuestas producen efectos tambien opuestos. ¿Cuáles son los caminos y medios opuestos? El mal intrínseco, el mal

1 Gen. cap. 1. vv. 26 et 27. cap. III. v. 7.

2 Las facultades mentales, en la obra titulada: *Del pensamiento y su enunciaci6n*, parte primera: y lo demas en los libros primero y cuarto de este curso.

moral, el pecado en suma. ¿Cuáles son los caminos y medios directos? El bien intrínseco, el bien moral, la gracia en suma, principio y apoyo de la inocencia. Luego el hombre fué criado en estado de gracia.

¿Pero el hombre se conservó en este estado? Al proponer esta cuestion, parecen levantarse en masa todos los siglos, señalándonos, como una respuesta terminante, los crímenes y las miserias de todo el género humano. Si pues el hombre fué criado en gracia, y de hecho no conservó este precioso tesoro, es porque cambió de caminos y de medios. ¿Qué abandonó pues? La inocencia y la gracia. ¿Qué substituyó á esto? La malicia y el pecado. ¿Qué perdió por aquel abandono? La felicidad y la vida. ¿Qué atrajo sobre sí con semejante substitucion? La infelicidad y la muerte. He aquí una trasformacion que el entendimiento reconoce, guiado exclusivamente por la experiencia y el análisis. ¿Dónde hallar la causa de ella? No en Dios, porque bajo ningun aspecto es ni puede ser causa eficiente del pecado: este triste poder y Dios son palabras que recíprocamente se excluyen. No podía ser otro principio inferior al hombre: porque en el hecho de ser inferior, no podía precipitarle por la fuerza en el mal. Tampoco una inteligencia superior, que trabajase en el sentido bueno; porque trabajaba por Dios y para su gloria. Tampoco una inteligencia superior en el orden malo, porque si era superior al hombre en el orden de la naturaleza, era muy inferior en el orden de la gracia; y porque siendo el hombre libre, no podía pecar, sin someterse voluntariamente al mal. Ahora bien, así como la existencia de los hombres nos conduce á reconocer un primer hombre del que todos han venido; así la existencia del pecado nos hace retroceder, en el orden inverso de los tiempos, hasta una primera trasgresion que ha dado el origen á las otras, y que por tanto se conoce por el nombre de *pecado original*.

¿En qué sentido decimos que el primer pecado se llama original? He aquí el último punto de vista bajo que nos proponemos examinar este hecho. Le llamamos original, no porque él por su naturaleza sea causa eficiente y necesaria de los otros actos pecaminosos en el orden de la produccion; sino porque á causa de este pecado primero, todos los descendientes de Adán, todas las generaciones vinieron contaminadas con él; y porque la primera trasgresion quitó al hombre la gracia, le dejó abandonado á sí mismo; y el hombre, abandonado á sí mismo, todo lo puede en la línea del mal, y nada puede en el orden de la gracia, de que carece. Siendo pues todos los pecados una consecuencia neta de la

naturaleza humana abandonada á sí misma, y siendo este abandono un efecto necesario de la primera trasgresion, esta es, en el rigor metafísico de la palabra, la causa moral y el verdadero origen de todos los otros pecados.

El tercer hecho es la redencion del género humano con el sacrificio de la cruz; hecho que históricamente está probado en todos los criterios; que dogmática y teológicamente viene á colocarse en el centro de las ciencias eclesiásticas; porque la filosofía se reduce á investigar si, supuestas las relaciones entre Dios y la humanidad, los efectos producidos por el pecado original, las ideas que se tienen de Dios y los recursos con que el hombre podia contar para cortar el curso de las consecuencias morales del pecado, era ó no necesario un mediador, y caso que lo fuese, cuáles deberían ser sus caracteres y condiciones.

CAPITULO II.

INFLUENCIA DE ESTOS HECHOS EN EL SISTEMA DE LOS CONOCIMIENTOS QUE ABRAZA EL ORDEN MORAL.

Estos tres hechos, esto es, la inocencia primitiva del hombre, el pecado *original* y la redencion, tienen una importancia histórica filosófica y social de tan inmensa magnitud, que sin ellos ó con la supresion de cualquiera, todos los grandes fenómenos morales, todos los acontecimientos históricos, todas las grandes revoluciones filosóficas que tantas veces han cambiado el aspecto del mundo en la vasta carrera de los siglos, podrán servir de ejercicio á nuestra razon, para formar algunas conjeturas; pero nunca venir á colocarse bajo el pleno poder de la inteligencia en un orden sistemado, donde guarden su respectiva armonía, inspiren toda la seguridad conveniente y produzcan los resultados felices que hacen esperar los principios, las consecuencias, y las aplicaciones de los dogmas á las máximas, de estas á las leyes, de las leyes á las costumbres, de las costumbres á la conducta y de la conducta á la felicidad. Salirse de la influencia de estos tres hechos históricos, es abandonar los grandes pensamientos de la ciencia y desdeñar con orgullo ese poder tutelar que ejerce un absoluto y exclusivo dominio sobre la esperanza.

A estos tres hechos corresponden en el mundo tres épocas históricas: la primera está comprendida en el brevísimo

periodo que permaneció el hombre en estado de inocencia; la segunda abraza todos los cuarenta siglos que discurrieron desde la caída del hombre hasta el nacimiento de Jesucristo; la tercera comenzó desde este nacimiento, y no ha concluido todavía. Al primer estado le llamamos de inocencia, ó de naturaleza pura; al segundo, de naturaleza caída; al tercero de naturaleza regenerada.

En el primer estado, el hombre, poseedor de la inocencia, lo era también de la gracia, de la felicidad y de la gloria: sus relaciones con el Criador se conservaban en la mas perfecta armonía: su entendimiento estaba inundado en las luces celestiales; su voluntad ocupada de los afectos mas puros. Verdadero rei de la naturaleza, reinaba sobre sí mismo con la parte superior de su ser; reinaba sobre el universo con el poder supremo que le fué comunicado por el Criador. Vasallo del cielo y rei de la tierra, era igualmente feliz por los homenajes que recibia y por los que tributaba. Las luces clarísimas, los sentimientos puros, las acciones santas y todo lo que el hombre poseia, practicaba y ofrecia, debian ser una consecuencia precisa de su semejanza con Dios, durante la inocencia; y esto solo basta para comprender la excelencia de su naturaleza primitiva, la superioridad de sus conocimientos, la intensidad de su amor y la extension de su felicidad.

Rápido y fugitivo por desgracia fué para el hombre este periodo de felicidad. Los vestigios del Paraíso, profundamente hundidos bajo las inmensas moles de la culpa, quedaron en la clase de misteriosos y bellos recuerdos que mas de una vez han hecho suspirar al genio de la poesia. Poseerlo todo y poseerlo sin límites, conocerlo todo y conocerlo sin sombras, gozarlo todo y gozarlo sin obstáculos; he aquí el voto funesto, el deplorable designio que arrebató al primer hombre, y con él á su posteridad inmensa, la posesion augusta del Paraíso, los títulos de su ventura, el apoyo de sus esperanzas y su derecho á la felicidad. Prohibió Dios al hombre gustar de la fruta de un árbol del Paraíso; pero el demonio, zeloso de la felicidad que disfrutaba esta nueva criatura, puso asechanzas á su inocencia é hirió decisivamente la curiosidad de la mujer; esta precipitó á nuestro primer Padre; consideraron ambos este árbol como el de la ciencia del bien y del mal; creyeron igualarse á Dios comiendo el fruto vedado; obrando en consecuencia de esos designios, violaron la prohibicion única que les habia puesto su Criador, y no conquistaron otra ciencia que el desengaño funesto de su crimen, ni adquirieron otro sentimiento que el de esa pérdida.

da inmensa que les arrebató súbitamente la felicidad y la esperanza. ¹ He aquí el pecado original y sus efectos.

A causas opuestas debieron seguirse efectos contrarios; y por lo mismo, si era una consecuencia precisa de la inocencia la fuente de luz y de poder de la naturaleza pura; la ignorancia y la impotencia debían ser por precisión un resultado neto de la naturaleza caída: si el hombre en el primer estado dominaba sobre el demonio por la gracia, sobre sí mismo por la caridad, y sobre todo el universo por su excelencia en la escala de los seres que habitaban el mundo; perdió su rango, su poder y su dominio con la inocencia, y quedó hecho esclavo del demonio por la culpa, víctima de sí mismo por sus pasiones, blanco del furor de los elementos y de la naturaleza toda por el dolor y por la muerte. Perdiendo las luces y perdiendo el poder con la gracia, perdió también la parte más noble de su semejanza con Dios, no tuvo más ciencia que su ignorancia propia, ni otro poder que su debilidad; é incapaz por lo mismo de ponerse á cubierto de los errores y guarecerse de los vicios, no discurría una sola fracción del tiempo, sin que se aumentasen prodigiosamente la ignorancia, los errores y los crímenes, y por esto se ha dicho con tanta verdad, que el mundo moral estuvo al cabo de cuarenta siglos envuelto en las *tinieblas* de la ignorancia y del error, *sentado á las sombras de la muerte*. ² Ya hemos tenido y aprovechado la ocasión de pintar ese estado del mundo, señalando con exactitud sus verdaderas causas. En semejante estado, la ignorancia, el error, los males y la miseria eran todo; la luz, la sabiduría, las virtudes y la felicidad eran nada. ³

¿Cómo salir de este estado? No había más que un medio, el de restablecer las relaciones cortadas con la Divinidad. ¿Cómo restablecer estas relaciones? Con la reaparición del principio único que podía sostenerlas, esto es, de la inocencia. ¿Cómo reconquistar la inocencia? Con la extinción del pecado. ¿Cómo extinguir el pecado? Con una satisfacción debida. ¿Y estaba esto en las manos del hombre? Ya lo hemos dicho: no hai perdón sin penitencia, ni penitencia sin expiación, ni expiación admisible sin una igualdad proporcional á la ofensa que se hace. Esta ofensa era infinita: tal debía ser la expiación; pero el hombre, que todo lo podía en la línea del mal y nada en la del bien, era inca-

1 Gen. Cap. II. VV. 16 y 17, cap. III.

2 Cant. de Zac. Luc. cap. I V. 79.

3 Tomo 2. ° disertac. 1. ° números 127 y siguientes 144 y siguientes.

paz de acudir al remedio de sus males, restableciendo por su propia virtud unas relaciones que no podían ser obsequiadas sin la inocencia. He aquí la necesidad imperiosa de un recurso divino y el objeto de una promesa que tuvo su principio inmediatamente después de la culpa, y su cumplimiento feliz con la Encarnación del Divino Verbo. Jesucristo nace: disipa las tinieblas con su predicación; regenera la voluntad con su gracia; borra la culpa con su sacrificio; y este grande acontecimiento dibuja sobre el mundo moral el iris bello de la nueva alianza, cambia la condición del hombre y la suerte del género humano. Dios y hombre verdadero, Jesucristo estrecha íntimamente á la Divinidad con la humanidad; y esto basta para suministrar al hombre una víctima humana capaz de producir el efecto grandioso de una reparación infinita.

Aquí comienza la tercera época del mundo. Se ha llamado época de plenitud, porque todo quedó consumado con el grande acontecimiento que la caracteriza. Plenitud en el orden de la fe, que desarrolla todos los dogmas y todas las verdades; plenitud en el orden de la esperanza, que borra la antigua ofensa, crea recursos inmensos contra el pecado, reconquista el derecho perdido á la felicidad, y nos proporciona cuanto es necesario para merecerla y para conseguirla; plenitud en el orden de la caridad, que restablece las relaciones para con Dios y las estrecha con vínculos tan íntimos, como Jesucristo, en quien están unidas la Divinidad con la humanidad; que ha hecho brotar las virtudes como la yerba de los campos y realizado en las almas fieles el bello ideal del amor puro, ese heroísmo de sentimientos divinos, que no pertenece á la tierra.

CAPITULO III.

NECESIDAD DE UN MEDIADOR.

Interrumpidas por el pecado las relaciones entre Dios y los hombres, y aniquilados por este solo hecho los fundamentos que apoyaban la esperanza del género humano para tocar á su fin, que es la felicidad eterna, quedó el hombre constituido en la más perfecta y absoluta impotencia para salir de este estado, que consistiendo en un mal infinito, como es el odio de Dios, no podía desaparecer sino mediante

un poder infinito para el bien, y por tanto, un recurso inaccesible á la naturaleza humana.

No pudiendo el hombre nada en esta línea, es claro que solo Dios era capaz de acudir con el remedio á tan inmensa desgracia. En el orden de los posibles no puede negarse que un solo acto de su voluntad omnipotente bastaba para perdonar el pecado, restablecer las relaciones interrumpidas y comunicar de nuevo á los hombres gratuitamente derechos á la felicidad, cuya esperanza tenían perdida. Esto es claro clarísimo, pues para convencerse de ello, basta tener una idea de Dios. Mas no debe ser este el punto de partida para la discusion presente. Los hechos han demarcado ya el rumbo de la posibilidad divina: porque desde el momento mismo en que Dios pronunció el anatema contra la estirpe delincuente, manifestó que no perdonaria, sin dolor, sin sacrificio, sin satisfacción; que no ejercitaria su bondad sin haber dejado satisfecha su justicia. Dios pues hizo nacer la esperanza con la muerte; pero esta esperanza consistia en la promesa de un Redentor capaz de satisfacer plenísimamente con su sacrificio á la justicia ultrajada, como un requisito absolutamente necesario, no en el orden de la posibilidad, sino en el plan eterno de los designios divinos, para que el hombre fuese salvo y reconquistase sus derechos perdidos á la bienaventuranza. Sirvan, por tanto, estos antecedentes, para caracterizar bien el estado de la cuestion, y fijar el sentido teológico de nuestros discursos en esta delicada materia. Su desenvolvimiento contiene algunas verdades capitales; pero todas ellas vienen á refundirse en la necesidad absoluta de un Mediador. Para dejar pues bien establecido este punto cardinal de nuestros dogmas relativos á la fe en Jesucristo, debemos tener presente que el pecado produjo un mal infinito; que este mal alteró infinitamente las relaciones entre Dios y los hombres; que esta alteracion condenó á los segundos á ser infinita y eternamente desgraciados; que el género humano no contaba en la suma de su poder con ningun recurso capaz de salvarlo de esta desgracia; que Dios por su parte, y supuesta la satisfacción de condigno que exigia, no podia salvar sin perdonar, ni perdonar sin ejercer un acto de bondad infinita, ni ejercer este acto sino despues de haber ejercido otro de justicia infinita, ni ejercer este acto de justicia, sino en una víctima de infinito precio, ni hallar esta víctima en una persona puramente humana, pues en este caso seria finita, ni en un objeto puramente divino, pues en este caso seria impasible. Luego era necesario un Mediador, y que este Mediador fuese Dios y

hombre verdadero. Pasando de aquí á Jesucristo, veremos todas nuestras reflexiones confirmadas con el hecho, aplicando á este personaje histórico todas las reglas de crítica, para reconocer en él al Mediador de la nueva alianza.

Que el hombre por su pecado produjo un mal infinito, podrá parecer, á primera vista, una paradoja, porque desde luego repugna que una causa finita produzca un efecto infinito; pero semejante dificultad desaparecerá, tan luego como demos los primeros pasos en el análisis de esta cuestion. Este mal infinito puede considerarse bajo dos aspectos; primero, como el efecto natural de una causa eficiente en el orden del poder; segundo, como un efecto contingente, pero indispensable, supuesta una causa ocasional. Considerado bajo el primero, claro es que no puede aplicarse al hombre, porque solo Dios tiene el poder necesario para producir, en los decretos de su justicia, un mal infinito, ó en los designios de su bondad un bien infinito. Consideramos pues la cuestion bajo el segundo aspecto, y limitándonos á él, decimos que el pecado produjo esencialmente un mal, y que este mal tiene el carácter de infinito, no por la extension de la fuerza que le produce, sino porque, puesto el pecado, no podian subsistir las relaciones de amor entre Dios y los hombres; faltando estas relaciones, no por una simple carencia, sino por la interposicion de un crimen, quedaban subrogadas con un odio recíproco; y siendo Dios uno de los términos de esta reciprocidad, este odio produce un mal infinito; es decir, que puesto el pecado, se pone el odio, puesto el odio se extingue el amor, y extinguido el amor, cuyo término debia ser la posesion de un bien infinito, no queda sino un desorden, cuyo término necesario debe ser el sufrimiento de un mal infinito.

Dios y el hombre (en el estado de inocencia) forman una sociedad primitiva, y esta sociedad, como todas, tiene un principio de vida y un elemento de muerte. El principio de vida consiste en la produccion y conservacion de los seres; el elemento de muerte consiste en cuanto puede servir de obstáculo á estas cosas, ó lo que es lo mismo, en cuanto tiende á destruirlas. Los seres se producen y conservan por el amor: luego la simple falta de este principio constituye el mal positivo de la reciproca tendencia á la destruccion mutua. Esta tendencia, que en los objetos puramente físicos cae bajo las leyes de la composicion y descomposicion elemental de los cuerpos, en el orden moral se considera como el efecto natural de un sentimiento contrario al amor: este es el sentimiento del odio. Puesto el pecado, apareció un

objeto esencialmente destructor del amor. ¿Por qué? Porque el pecado ataca todo el sistema de las perfecciones divinas, y por consiguiente, se interpone entre el hombre y Dios, para hacer que estos dos seres no se ligan ya por ninguno de sus aspectos. Nada importa que el autor del pecado sea un objeto finito, cuando el pecado es y será siempre un obstáculo que impide el ejercicio de un amor infinito. El pecado produce todos sus efectos, según la extensión y carácter de la persona que le comete y del objeto contra quien se dirige: en el hombre destruye todo el amor que puede tener á su Dios; en Dios destruye todo el amor que tiene al hombre, no como un poder ejercido contra la Divinidad, sino como una circunstancia que imposibilita su amor.

Destruído pues el principio conservador de esta sociedad, solo queda el elemento destructor: este triste resultado está puesto desgraciadamente á la prueba de los siglos y de la historia. "Destrucción de Dios, dice Bonald, para el hombre inteligente, manifestada tanto en las ideas falsas que se forma de la Divinidad, cuanto en los honores divinos que al hombre tributaba; destrucción del mismo Dios para el hombre físico, por las representaciones impuras ú horrorosas con que le pintaba á sus sentidos: destrucción del hombre inteligente, que perdiendo el conocimiento de Dios, pierde la idea de la perfección, y por tanto, deja de conservarse en la perfección conforme á su naturaleza. destrucción del hombre físico por el desencadenamiento de su fuerza y por la opresión de su debilidad, y por la barbarie del culto, y por la atrocidad de las guerras, y por la ferocidad de los espectáculos, y por la prostitución, y por el divorcio, y por la exposición pública, y por las miserias de la esclavitud, &c.: destrucción, en fin, de todo el hombre después de esta vida, por los castigos necesariamente reservados al mayor de todos los crímenes, al odio de un Ser infinitamente amable."¹

Queda probado pues, primero, que el pecado produjo un mal infinito; segundo, que este mal alteró infinitamente las relaciones entre Dios y los hombres; tercero, que esta alteración condenó á los segundados á ser infinita y eternamente desgraciados.

¿Cómo salir de este estado? Restableciendo las relaciones perdidas entre Dios y los hombres: porque así como el mal infinito de que se trata fué una consecuencia necesaria y esencialísima de la rotura de estos vínculos primitivos del

(1) Bonald. *Théorie de pouvoir politique et religieux*. Part II, liv. IV, cap. II.

Criador y su criatura, según acabamos de demostrar; así también la libertad de este mal infinito debía ser una consecuencia natural y esencialísima de la reparación de estos vínculos y del restablecimiento de estas relaciones. ¿Cómo restablecerlas pues? El amor las produce y conserva; el odio las corta y aniquila: luego era necesaria la recíproca sustitución del odio con el amor entre Dios y los hombres; y por consiguiente, que hubiese una reconciliación perfecta entre Dios y las criaturas. Mas el hombre no puede reconciliarse con Dios, si no es perdonado, ni Dios reconciliarse con el hombre, sin ser satisfecho. El primer extremo de esta proposición es tan claro, que no merece probarse; en cuanto al segundo, ya hemos dicho que no se trata de la posibilidad absoluta ó antecedente; sino de la posibilidad relativa, y consiguiente al plan de reparación que Dios anunció desde el mismo día en que quedaron rotos sus vínculos con la criatura: plan en que la bondad divina debía ejercitarse infinitamente, pero dejando cumplidos en el mismo grado los derechos de su justicia eterna, y plan que por otra parte se halla en perfecta armonía con las aspiraciones más rectas de la razón humana. Según estos principios, no hai otro recurso para que el hombre se libre del mal infinito que atrajo sobre sí por su pecado, que el de una satisfacción condigna, es decir, competente y plenísima, que desarme la justicia de Dios, esto es, una satisfacción infinita. ¿Y un medio tal estaba en las manos del hombre? Finito bajo todos aspectos en el sentido del bien, luego se concibe que era incapaz de producir este cuantioso efecto en bien de su condición infinitamente miserable. No nos cansemos, manchada toda la estirpe, y finita la estirpe toda aun cuando no estuviese manchada, podría, si se quiere, ser inmolada toda en un momento; pero esta inmolación sería estéril para la felicidad; estéril, porque no sobreviviendo el ser á su inmolación, el perdón carecía de objeto y de sugeto; y estéril, porque aun cuando un milagro de la Omnipotencia la hiciese reaparecer de la nada, su satisfacción hubiera sido impotente, porque hubiera sido finita en el solo hecho de no continuar la víctima padeciendo por toda la eternidad. ¿Qué consecuencias inferir de estas reflexiones? Oigamos aún al autor citado.

"Si el hombre no puede reconciliarse con Dios sin satisfacer á su justicia, ni Dios perdonar al hombre sin quedar satisfecho, tampoco podrá Dios nunca perdonar al hombre (si este no cuenta con otra cosa que consigo mismo), pues que el hombre no podrá nunca satisfacer á Dios. Luego un Me-

diador entre Dios y el hombre, que satisfaga por este y le alcance de aquel su perdón, es un ser necesario.”

“Un crimen infinito supone una justicia infinita en el ser que castiga, ó una bondad infinita en el ser que perdona. Es así que Dios es el ser infinitamente justo y el ser infinitamente bueno: luego castigará al hombre, infinitamente culpable, con un rigor infinito, y le perdonará con una infinita bondad.”

“¿Y cuál es el acto de la justicia infinita de Dios, que quiere castigar al hombre por el crimen infinito de que se hizo culpable? El acto de destruirle. ¿Cuál es el acto de una bondad infinita, que Dios puede ejercer en favor del hombre culpable á quien intenta perdonar? El acto de conservarle. *Luego Dios ha menester al mismo tiempo de destruir y conservar al hombre.* ¿Y es esto posible? Sí: puede destruir un hombre en consideracion de todos los hombres, y puede conservar á todos los hombres en consideracion de un hombre destruido.”

“Este hombre destruido en lugar de todos los hombres, y por cuyo respeto han de alcanzar estos su perdón, será el hombre *universal*, el hombre *general*, la humanidad misma.”¹ *porque de otra manera ni podia reemplazar con su castigo á todos los hombres, ni favorecer con su merecimiento á todos los hombres.*

Pero qué, la idea de un hombre tal, en vez de considerarse realizable, ¿no debe filiarse entre los sorprendentes y bellos imposibles de una vehemente y loca fantasía? Si para resolver este problema hubiésemos de contar exclusivamente con los miserables destellos de la humana inteligencia, aquí deberíamos detenernos á la luz del engaño, para entonar el cántico de muerte á la esperanza de la felicidad. En efecto, una víctima tal no puede ser un Dios, porque Dios es impasible; tampoco puede ser ninguno de los miembros de la estirpe maldita, porque una víctima contaminada y corrompida no es víctima de propiciacion. Si pues se necesita una víctima humana, exenta del contagio comun y capaz de una satisfaccion y de un merecimiento infinito, preciso es renunciar á la eperanza; porque no siendo la humanidad capaz de producirla, ni la Divinidad capaz de padecer, tampoco debe contarse la salvacion del género humano en el número de los posibles. Mas afortunadamente la fe nos recibe donde la razon nos abandona, y á los últimos destellos del discurso sucede el esplendor eterno de los dogmas. La razon ha confesado su impotencia, pero al tiempo mismo de

¹ Bonald. Obra y lugar citado. (Extracto.)

colocarnos en el puerto; porque el misterio de la Encarnacion viene á resolver por último el gran problema en que está vinculada la suerte de los hombres. El Verbo divino se reviste de la naturaleza humana, y esta naturaleza, escogida á propósito para tan grande objeto, es mas pura que la aurora, mas limpia y clara que el astro de los dias. He aquí pues el Mediador que se necesita, porque llena todas las condiciones que exige nuestro remedio. Esta humanidad elevada por la union hipostática con la Divinidad en la persona del Verbo hasta el rango de lo infinito, puede representar, no uno, sino millares de mundos; puede satisfacer, no solo por uno, sino por millares de mundos; puede merecer, no solo para uno, sino para millares de mundos. Inocente y pura, se carga de todos los delitos del hombre, sin tener que satisfacer nada por sí misma, y es, en toda la extension de la palabra, una víctima de propiciacion. Infinita por la Divinidad del Verbo que con ella se ha vestido, puede satisfacer con su sacrificio á la justicia infinita, muriendo por el hombre, y derramar sobre todo él cuantas bendiciones y gracias pueden salir del manantial inagotable y eterno de la bondad divina.

Conchuyamos pues, de todas las reflexiones precedentes, que supuesta la satisfaccion exigida por Dios, no podia salvar al hombre sin perdonarle, ni perdonarle sin ejercer un acto de infinita bondad; ni ejercer este acto sin el que pedía la satisfaccion á su justicia, ni obtener esta satisfaccion, sino sacrificando una víctima de infinito precio, ni hallar esta víctima, sino en una persona donde estuviesen reunidas la naturaleza divina con la naturaleza humana; que era necesario un Mediador, y que este Mediador debia ser Dios y hombre verdadero.

CAPITULO IV.

RESUMEN Y TRANSICION.

De todo lo que llevamos dicho hasta aquí, parece inferirse que la filosofía moral en la sociedad católica no puede independerse de la revelacion. El enlace mas íntimo de las ideas nos conduce á ella. El estudio de las facultades del alma sirve de apoyo al de su naturaleza; y la espiritualidad fuye de la *Nicología* como una especie de conectorio. Co-

nocido el hombre, se presenta la necesidad de conocer su causa, y en el orden de sus ideas la existencia de Dios figura en el inmediato grado de la escala ascendente que el análisis recorre. Conocidas estas dos existencias, se presenta la necesidad de indagar sus relaciones, y estas nos manifiestan las de *Criador y criatura*, las de *Soberano y súbdito*, las del *objeto con su fin*. Dios es el fin del hombre, y el sugeto en quien reside el pensamiento es un espíritu. Luego el alma es inmortal. Mas la inmortalidad no envuelve necesariamente la idea de un eterno goce, porque el hombre es libre, y para ser feliz en la otra vida, necesita merecerlo. Su conducta pues tiene una regla impuesta por el mismo Dios, y esta regla, bajo tal carácter, es la primera lei de la humanidad, y su observancia es la condicion indispensable para que el hombre consiga su último fin. Esta lei, con todas sus ramificaciones, rige la conducta moral con la sancion consiguiente á la imputacion de los actos humanos. Mas estos actos presuponen por su naturaleza el concurso del entendimiento, de la voluntad y de la libertad á su objeto comun. Para que estos tres elementos de la conducta se desenvuelvan y combinen de la manera mas conforme á la posesion de la felicidad, necesitan: el primero, verdades; el segundo, máximas; el tercero, leyes. Mas estas tres cosas, tienen tres contrarios: la primera, los errores; la segunda, los escándalos; la tercera, la rebelion de la libertad contra las leyes de la naturaleza. La lucha perdurable que estos dos sistemas opuestos han sostenido en todos los siglos, manifiesta por una parte las vicisitudes por donde han pasado las relaciones entre Dios y la humanidad, provocan por otra la investigacion de la causa que haya perturbado en el principio estas relaciones, y estrecha, por último, á inquirir los medios para neutralizar el influjo funesto de esta causa. La creacion, considerada en sí misma, nos promete luz y felicidad; la historia nos manifiesta tinieblas y desgracias. El espíritu vacila, y no acierta á comprender cómo un principio tan bello haya podido degenerar tan lastimosamente hasta este punto de corrupcion y de miseria: entónces el pecado original viene de un golpe á resolver todas las dificultades de la historia y de la ciencia.

El pecado original podrá, si se quiere, no venir á la filosofía por una demostracion *á priori*; mas al anunciarse, le recibe la razon como una cosa esperada, como una causa natural, como un poder lógico que la saca de la esfera de las conjeturas; y entónces, reflejándose sobre este hecho la inteligencia en toda su luz, le sobran demostraciones *á pos-*

teriori, mas que suficientes, para darle un lugar entendido en el teatro de la filosofía.

El pecado original, interrumpiendo, cortando, para mejor decir, las relaciones primitivas y excelsas entre Dios y los hombres, presenta una dificultad insoluble mientras no se cuenta con las luces humanas. Sus efectos en la inteligencia, en la voluntad y en la libertad eran hechos progresivos que tendian indispensablemente á la destruccion. Este es el caso en que un misterio profundo, simplemente explicado por la doctrina de la fe, se presenta igualmente como un objeto clarísimo para la razon á la filosofía de la historia. Sin penetrar hasta el cómo, se comprende mui bien el por qué de este misterio, colocando la *Encarnacion* y la *Redencion* entre el mundo de la inteligencia y el mundo de la fe, como la naturaleza humana y la divina se unen en la persona de Jesucristo. Desde este momento todo cambió en la sociedad: la inteligencia recibió un incremento de luz con la enseñanza de este dogma; la voluntad un incremento de fuerza con la realizacion de la promesa, y la libertad una ruta mas segura con la plenitud de la lei. ¿Qué ha resultado? Un triple fenómeno impreso sobre la faz de la sociedad moderna, la razon del cristianismo, el poder de la conciencia y la alta filosofía de la legislacion.

Imposible le fué ya desde entónces desprenderse de la revelacion á quien estudiase de buena fe al hombre y sus deberes, á la humanidad y sus destinos; y he aquí por qué el estudio de ese grande acontecimiento viene á figurar entre las primeras necesidades de la ciencia. Entremos pues á él, sobre la misma persuasion de su influjo en los destinos de la filosofía.